



La Plaza de González Vera y la plaza de Salvador Reyes.

Como en virtud de un misterioso acuerdo, uno y otro emprendieron la partida juntos y los dos se volvieron huma en el aire, dejando solo las cenizas en la tierra.

Por otro acuerdo unánime y cordial, la Municipalidad de Providencia los ha reunidos asignando, primero al uno, después al otro, árboles que con su sombra velarán las sillas en pequeñas plazas conmemorativas.

Así los transeúntes apresurados como el lector proclive a meditar, al cruzar esos sillios y advertir esos nombres, dedicarán tal vez un recuerdo afectuoso según a José Santos González Vera, allí a Salvador Reyes, invocando un momento algunas de sus páginas, cargadas las unas de severo humorismo, minuciosas y finas, las otras ricas de viajes y aventuras fantásticas, vividos e imaginados.

Es posible que la inesperada pareja se sorprendía, en la región desconocida a que marcharon, del lazo que los une, tejido por la muerte.

La vida no los acercó.

El autor de Alhué permaneció fiel a su terruño, ligado a las vidas minúsculas. El don de la simpatía humana, su limpida mirada y la gracia de que sus palabras revestían el aspecto menor de las apariencias, las elevaron a una categoría universal. Se dejaba gozar por la alegría, la respiraba y la sabía inspirar, nunca sujeto por estrecheces doctrinarias. La buena salud de su realismo delicado ignoraba el temer. Amaba la libertad del individuo, en la noche más oscura, su genio descubría siempre una pequeña luz y con ella su sencillez se conformaba.

Salvador Reyes nunca olvidó que había nacido cerca del mar. Todos los navíos lo invocaban y, mientras no pudo partir con ellos, embarró su imaginación a bordo de naves peritas y fueron fabulosas las hazañas que realizó en su peligrosa compañía. Pero tarde o temprano los sueños muy persistentes se realizan y las promesas acaban por cumplirse: porque escrito está por D'Halmar que nadie escapa a su destino. El juvenil malador de tiberines salió en viaje de cacería por el vasto mundo, vio muchas cosas, hizo amistades que juzgaba increíbles y se le abrieron caminos que su ambición no esperaba. Al retornar a las costas de su infancia, llegó enriquecido de experiencias y de un saber vivido que iba a madurar. Había descubierto el respeto que la libertad merece como alimento del espíritu y garantía única de su dignidad. Al par de ese tesoro para la inteligencia, aportaba en su baúl expedicionario, el inestimable bien, la presa más valiosa, el amor. Con ternura y nostalgia, sus maros se desprendieron de la ceniza amada para renfarlas, definitivamente, al mar que moceará su sueño.

Los escritores deben un sentimiento de gratitud a la Municipalidad de Providencia. Ha redimido el epíteto de municipal que un poeta asoció al de espeso. El homenaje de esas

684718

El Museo, Stgo., 24-IX-1972, p. 5.

La Plaza de González Vera y la plaza de Salvador Reyes [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Plaza de González Vera y la plaza de Salvador Reyes [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile